

UNA VISION POSITIVA DEL POSITIVISMO

COMTE, EL HOMBRE

Bien se sabe que para comprender correctamente las ideas de cualquier pensador, es preciso conocer el momento y las múltiples circunstancias históricas en que germinaron. Mas, se dan ciertos casos donde el contexto histórico no basta para entenderlas y valorarlas, sino que resulta necesario describir los rasgos temperamentales y detalles de la vida personal del autor. Y tal es el caso de Augusto Comte (1798-1857), hombre genial, erudito, estudioso, prolífico escritor, con un poder extraordinario para recordar, concatenar y coordinar ideas, visionario y soñador. Al igual que su paisano Descartes, enriqueció el saber humano con grandes verdades y concepciones metodológicas, pero el radicalismo de sus concepciones, los condujeron a defender ideas toscas, ridículas y extravagantes, que ahora no parecen dignas de tan poderosos intelectos. Comte, además, era un ser de voluntad férrea y gran capacidad de disciplina en su trabajo; impermeable a la crítica, hasta el punto de distanciarse de amigos y discípulos que se atrevían a contradecirlo. De carácter austero, escrupuloso, serio, reflexivo, que no experimentaba la broma o el humor; pareciera que esa característica catalogada por Aristóteles como un "propio" del animal racional, cual es la "risibilidad", estaba ausente por completo en él. Tenía una obsesión por la sistematización, la organización y el detalle, hasta el punto de tornarse tedioso para cualquier desprevenido lector de sus obras. Y se aunaban en él, en grado superlativo, el espíritu analítico y la autosuficiencia tan peculiar de los franceses; quizás, siguiendo el mismo estilo de los escritores de lengua gala, Comte rendía culto al verbo; escribía todas las ideas que atravesaban su cabeza como si por ese simple hecho ya fueran valiosas para toda la humanidad, y no se cuidaba de pensar dos veces sobre las implicaciones o inconsecuencias de sus tesis, de ahí que sus textos fueran fácil blanco de quienes no simpatizaban con ellos. Por otra parte, cabe destacar que Comte era fundamentalmente un científico y no un filósofo; a lo



Augusto Comte

(38)

sumo manejaba la filosofía del sentido común con el criterio de un hombre sumamente inteligente.

Se considera -aunque no se proclama- un profeta que ha descubierto el proyecto de solución capaz de lograr la regeneración universal, política y filosófica, que requería en ese entonces la sociedad europea, no repuesta aún de la Crisis Institucional generada por la Revolución Francesa. "He tratado de demostrar -escribe en 1826- que el estado social de las naciones más civilizadas reclama imperiosamente hoy día la formación de un nuevo orden espiritual, como medio principal y primero de terminar el período revolucionario comenzado en el siglo XVI y que ha llegado hace treinta años a su último grado... Y llamar la atención de los hombres serios sobre este tema, es mi objetivo esencial en la actualidad". (Primeros Ensayos).

En sus voluminosas obras, prolíficas y enciclopédicas, expone su nuevo sistema de FILOSOFIA POSITIVA, donde se ocupa de todos los aspectos metodológicos, teóricos y prácticos de la nueva organización social que, según él, traerá el máximo bienestar para los hombres; aspira ser realista, en el sentido de que todas sus propuestas estén ancladas en los hechos comprobados por la ciencia o por la historia, y no en ideas pre establecidas. Pero en sus últimos quince años, y debido tal vez a la crisis que le produjo la muerte de una mujer -Clotilde de Vaux, que le hizo descubrir la belleza del amor en el atardecer de su vida- su programa de regeneración universal se desbocó, tanto en ideas como en su forma de realizarlas, y pretendió construirlo siguiendo, en ridículo mimetismo, la estructura del catolicismo, como se observa en su Catecismo Positivista, escrito en 1852; el prefacio de esta obra despierta ternura... y lástima, al imaginarnos a tan poderoso pensador entregado, en diálogos piadosos, a su "angelical interlocutora". Y aunque la mayoría de quienes leen tales escritos no pueden evitar la extrañeza o la burla ante las desfazadas propuestas de la Nueva Religión Positiva, nosotros -al decir de J.S. Mill- nos lamentamos al presenciar la melancólica decadencia de un gran intelecto; pues a los grandes hombres se les suele juzgar por sus obras posteriores, y las de Comte, desacreditan las nobles especulaciones y propósitos de su primera época.

Su influencia ha sido, sin embargo, innegable y reconozcámolo o no, todos somos en alguna medida, positivistas, y así nos embriaguemos en palabras, aceptamos el tribunal de los hechos como "última palabra". Aun cuando el espíritu teológico y el metafísico continúan presentes y activos en todas las variaciones imaginables, el énfasis en los hechos y en la utilidad del saber, que proclamaba como nadie Comte, ha contribuido a formar el espíritu científico-tecnológico que caracteriza a la humanidad en el presente siglo.

POSITIVISMO

El término "positivismo" fué usado inicialmente por Henry Saint-Simon para designar la aplicación del método científico a la filosofía. "La finalidad de nuestro trabajo es sustituir por hechos los razonamientos de los metafísicos", escribe en el Catecismo para los Industriales. Comte, discípulo y secretario de Saint-Simon, fue el realizador de esta misión que, con el nombre de Positivismo, llegó a rotular un enorme movimiento filosófico que influyó poderosamente en los intelectuales de la segunda mitad del siglo 19 y primeras décadas del 20, y que, curiosamente, en los últimos años, suele llegar a nosotros sólo a través de sus respetables enemigos -y de sus víctimas ideológicas- que se han encargado, con éxito, de connotarlo como "malo", "inconveniente", "perjudicial" o, en el mejor de los casos, de filosóficamente superficial. Incluso textos respetables de historia de la filosofía lo malinterpretan, dando la impresión que el autor de la historia no se molestó en estudiar los textos fuentes de Comte. Y lo que se aplica a cualquier corriente filosófica, es válido también para el positivismo: debemos acercarnos a él con cierta dosis inicial de simpatía para descubrir objetivamente sus aportes, sus fallas, y explicarnos la razón de su influencia.

Porque el positivismo, como doctrina sociopolítica y opción filosófica, entró a competir nada menos que con el socialismo marxista, el catolicismo y los idealismos de corte metafísico del siglo pasado, que ofrecían respuestas teóricas y propuestas prácticas para la reorganización de la sociedad. Y aunque el movimiento como tal desapareció, logró impregnar la cultura occidental y su influjo posterior es innegable, por haber contribuído a conformar la mentalidad científico-tecnológica de hoy, cuyas soluciones reales a problemas básicos de supervivencia, han permitido que un mayor número de personas en el siglo XX puedan dedicar más tiempo al descanso, al entretenimiento o al cultivo de los valores específicamente humanos, como los estéticos y los intelectuales. Más aún, autores de primera línea en la actualidad, como Fukuyama (en su obra El Fín de la Historia), vuelven a proponer la ciencia natural como el modelo donde podemos encontrar respuestas para solucionar los conflictos de la actualidad, tal como lo proponía Comte ciento cincuenta años atrás.

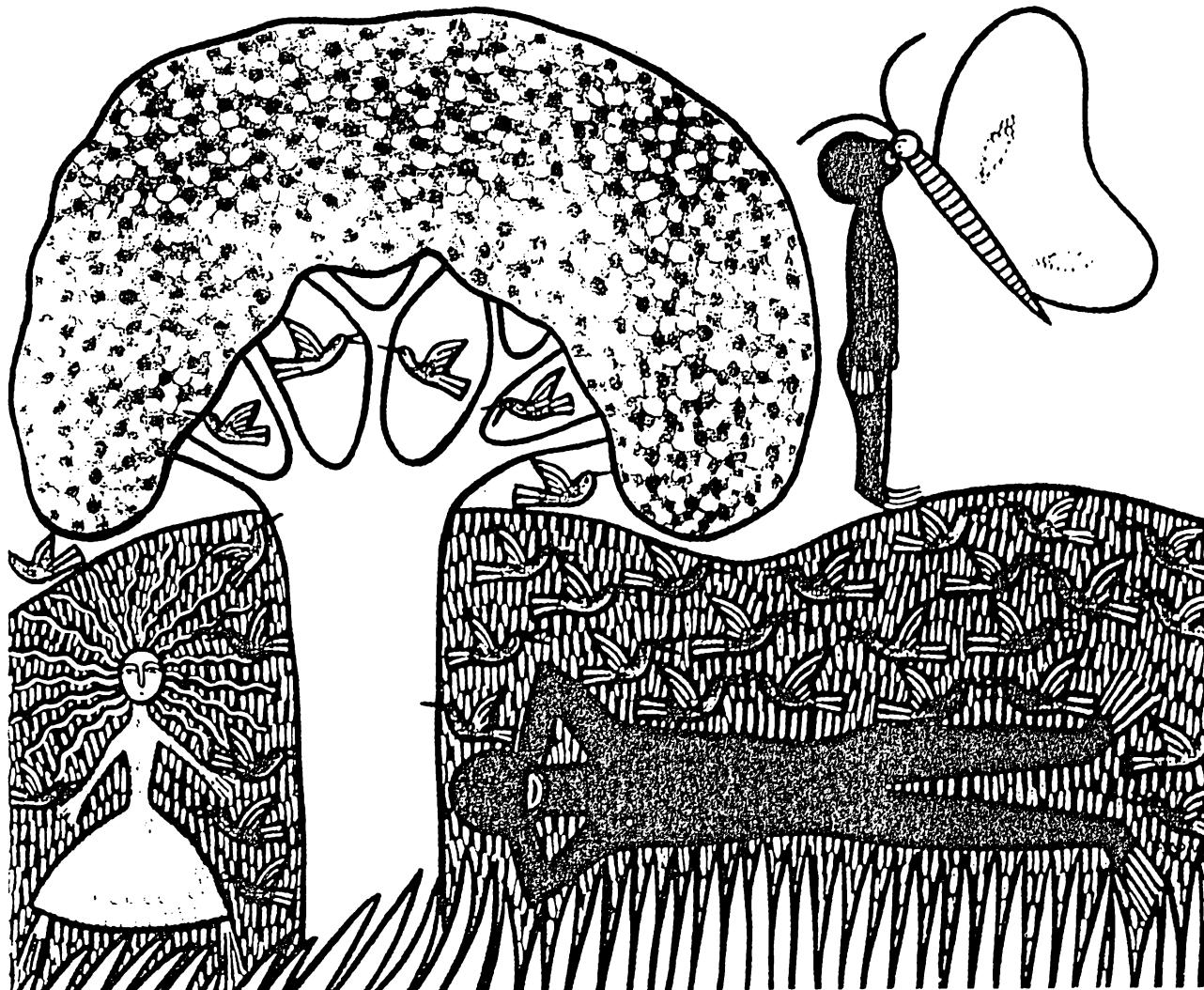
La tesis característica del positivismo es que la ciencia es el único conocimiento válido y que los hechos son los únicos objetos posibles de conocimiento, que la tarea de la filosofía es la de encontrar los principios comunes a todas las ciencias y adoptarlos como guías de la conducta humana y como las bases de la organización social. En consecuencia, el positivismo niega la inteligibilidad -y también la existencia- de fuerzas, esencias o substancias no respaldadas por los hechos y las leyes científicas. Se opone, por tanto, a toda metafísica y a cualquier otro

proceso de investigación que no sea reducible a los métodos científicos (aquellos que permiten explicar y predecir los hechos, bien sea en términos deterministas o probabilistas).

"Nosotros no tenemos conocimiento de nada excepto de fenómenos; y nuestro conocimiento de los fenómenos es relativo, no absoluto. No conocemos la esencia ni el modo real de producción de cualquier hecho, sino solamente sus relaciones con otros factores en la forma de sucesión o semajanza. Esas relaciones son constantes, es decir, siempre son las mismas bajo las mismas circunstancias. Las semejanzas constantes que enlazan juntos los fenómenos y las constantes secuencias que los unen como antecedente y consecuente es todo lo que conocemos respecto a ellos. Su esencia, naturaleza y sus últimas causas, sean eficientes o finales, son desconocidas e inescrutables para nosotros" Los hechos de la experiencia concreta, personal e intersubjetiva constituyen la materia prima de todo

conocimiento válido, la ciencia los descubre y describe en forma de leyes y en sus correlaciones mutuas, la filosofía parte de ellos para organizar el conocimiento y la sociedad. "Desde Bacon -continúa Comte- todos los espíritus serios afirman que no hay más conocimiento real que aquel que se base en los hechos observados.. pero, si bien toda teoría positiva tiene que estar basada necesariamente en la observación, también es necesaria una teoría cualquiera que coordine esta observación" (Curso de Filosofía Positiva. Primera Lección). En otras palabras, y de manera resumida, el carácter positivo de su filosofía, designa:

1. *Lo real*, en oposición a lo químérico.
2. *Lo útil*, en contraste con lo ocioso o inútil.
3. *Lo preciso*, como opuesto a lo vago y lo confuso.
4. *La filosofía que organiza y crea, como opuesta a la estéril o la que destruye.*
5. *Lo relativo en sustitución de lo absoluto* (Discurso sobre el espíritu Positivo, párrafos 31-34)

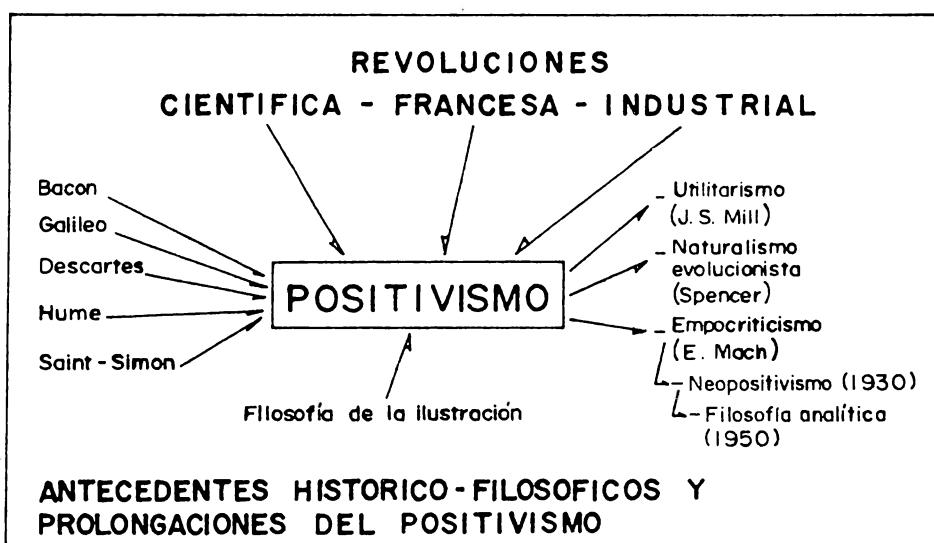


Manuel Mendive. Sin título. 1981

(39)

Desde luego que Comte no reclama originalidad para esta concepción del mundo y del conocimiento, y anota que también los primitivos se ocuparon de "voir pour prévoir", es decir, del conocimiento de los hechos para prevenirlos y controlarlos, la cual fue, sin duda la primera actitud científica, como la entendemos hoy. Bacon, Galileo, Descartes, Hume, Kant, igualmente insisten, en su orden, en la observación, el experimento, la razón, la imposibilidad de la metafísica y de conocer los "noumenos", motivo por el cual, pueden ser considerados, colectivamente hablando, como los fundadores de la filosofía positiva. Comte, en consecuencia, no inventó la doctrina positiva, sino que la hizo suya por la forma intensa, vehemente, dogmática y cuasireligiosa, como la propuso.

sólidamente establecida con las verificaciones históricas que resultan de un atento examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras principales especulaciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto y el estado científico o positivo... de aquí tres clases de filosofías, o de sistemas generales de reflexión sobre el conjunto de fenómenos (que es como entiende Comte la actividad filosófica) que se excluyen mutuamente: el primero es el punto de partida necesario de la inteligencia humana, el tercero su estado fijo y definitivo, y el segundo está destinado solamente a servir de transición (Curso, Lección 1, Antecedentes del Positivismo).



LOS TRES ESTADIOS

Se entiende más claramente lo que una ideología es, al contraponerla a lo que no es; y el positivismo lo contrapone Comte a dos estadios anteriores de pensamiento que pretende superar: el teológico y el metafísico. Ahora bien, ¿cómo se entienden estos conceptos?

"Teológico", "metafísico" y "positivo" son meros términos que Comte elige como vehículo de sus ideas, aunque la elección parece poco afortunada por tratarse de palabras llenas de vaguedades y ambigüedades recogidas a lo largo de 25 siglos de historia filosófica. Comte apela a su versión de la historia universidad para justificar la filosofía positiva, como tercero y superior estadio de la marcha progresista del espíritu humano.

"Así -escribe- al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde sus orígenes hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley universal, a la cual está sujeto este desarrollo con una necesidad invariable..."

En el estadio *teológico*, que constituye una forma primitiva y espontánea del pensamiento, se consideran los hechos del universo como gobernados por seres reales o imaginarios poseídos de vida, voluntad e inteligencia; así se contemplan entonces los objetos y los fenómenos naturales como animados por espíritus o fuerzas invisibles, que adquieren, en la historia de la humanidad, múltiples formas y evoluciones: espíritus, fetiches, diosas y necesidades y,

finalmente en la fase monoteísta iniciada con los hebreos, se introduce la idea de un Dios singular, creador del universo entero, diferente de él, y que lo conduce continuamente.

En el modo de pensar *metafísico* los fenómenos se adscriben no ya a voliciones celestiales sino a ciertas abstracciones, a fuerzas ocultas pero supuestamente existentes, como almas vegetativas, sensitivas, racionales, o espíritus absolutos. Los objetos hacen lo que hacen porque su esencia consiste en hacerlo así y los filósofos se desvelarán tratando de descifrar tales esencias; el movimiento de los cuerpos se explicará por su amor a sus lugares naturales, la subida de agua en una bomba hidráulica se atribuye al horror al vacío de la naturaleza, la curación no explicada -cicatrización, por ejemplo- se atribuye a la *vis medicatrix* del cuerpo, y el sueño producido por el opio, se explicaba "satisfactoriamente" aduciendo la virtud "dormitiva" de la planta, etc. Cualquier persona familiarizada con la historia de la ciencia encontrará multitud de otros ejemplos no menos graciosos y la presencia milenaria de

las pseudoexplicaciones mítico-teológicas y metafísicas, que ha retrasado desde luego, la búsqueda de respuestas de comprobada capacidad explicativa y predictiva, como propondrían en su momento Galileo y los adelantados de la revolución científica. La especulación metafísica, tan arraigada en la civilización, falla al confundir abstracciones con realidades, creando debates insolubles -que entretienen intensamente a filósofos poco positivos- como la prolongada disputa sobre los Universales, cuya tesis opuesta, el nominalismo, constituyó la primera lucha para emanciparse de las abstracciones y verbalismos. El pensamiento metafísico no es tanto una perversión del positivo, sino una continuación desacralizada del teológico o como dice Comte en un texto cuyo origen no recuerdo, una muestra de la "patología de la razón"

Esta ley o generalización de los tres estadios ocupa dos de los seis volúmenes que comprende su obra principal (Sistema de Filosofía Positiva) donde la exemplifica hasta la saciedad. Como toda generalización histórica, a la postre resultó simplista y refutable por contraejemplos -tal como le sucedió al materialismo histórico-. Sin embargo, aceptar el positivismo como opción filosófica, no supone necesariamente crear en esta generalización, o incluso, dejar de creer en un Dios personal, pues las creencias de esta naturaleza tendrán un valor emotivo, no cognoscitivo.

Algunos componentes puntuales del sistema Comte merecen sólo mencionarse y no profundizar las razones o sinrazones que los fundamentan. Tuvieron sentido e importancia porque reflejaban, mejor que otros sistemas contemporáneos suyos, el genuino *zeitgeist*, o el espíritu de la época que vivió nuestro pensador. La historia y la ciencia posteriores se encargaron de refutarlos.

LA CIENCIA, SEGUN EL POSITIVISMO

Comte clasifica las ciencias de su época de acuerdo al criterio de complejidad creciente, que coincide con la entrada de cada una a la fase positiva; así tenemos, en orden, astronomía, física, química, biología. Luego, introduce la sociología, con la cual aspira fundamentar su organización social. En este aspecto, adquiere un sitial en la historia de las ciencias, al convertir la sociedad en objeto de interés científico.

Más interesantes son las características que le atribuye a la ciencia en la fase positiva, a saber:

1. **Subordinación de la imaginación a la observación:** "*toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real e inteligible*".
2. **Relatividad de la ciencia y sus resultados...** "*este estudio de los fenómenos, lejos de poder llegar en modo alguno a ser absoluto, debe ser siempre relativo*

a nuestra organización (racional y sensorial) y a nuestra situación".

3. **Previsión racional:** "*Importa, pues, darse bien cuenta que el verdadero espíritu positivo está, en el fondo, tan lejos del misticismo como del empirismo; es entre estas dos aberraciones, igualmente funestas, por donde debe caminar siempre... la verdadera ciencia, lejos de estar formada de simples observaciones, consiste en ver para prever*".
4. **Invariabilidad de las leyes naturales:** "*Este principio fundamental de toda la filosofía positiva comienza desde hace tres siglos a ser tan familiar, que por causa de los hábitos absolutos anteriormente arraigados, se ha desconocido siempre hasta ahora su verdadera fuente... sólo realmente comenzó a adquirir alguna consistencia filosófica cuando los primeros trabajos verdaderamente científicos pudieron poner de manifiesto su exactitud esencial en un orden entero de grandes fenómenos.... "Discurso... parágrafos 12-16.*

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Sin duda el aspecto más vulgarizado y menos entendido del sistema comtiano es su propuesta de convertir la filosofía positiva en una nueva Religión de la Humanidad. Quién sabe qué móviles psicológicos tendría para pretender y estar firmemente convencido de que tal propuesta tendría éxito a corto plazo. Su inicial seguidor, el insigne filósofo J.S.Mill, escribe al respecto que "no solamente sostenemos que Comte tuvo razón al intentar desarrollar su filosofía como una religión y al haber comprendido sus condiciones esenciales, sino que todas las demás religiones se configuran mejor en proporción a como, en su resultado práctico, son impulsadas a coincidir con lo que él intenta "construir". Análogamente, Russell muestra en su Historia de la Filosofía Occidental, cómo el marxismo también termina configurándose como una religión para lograr mejor sus objetivos de reorganización de la sociedad.

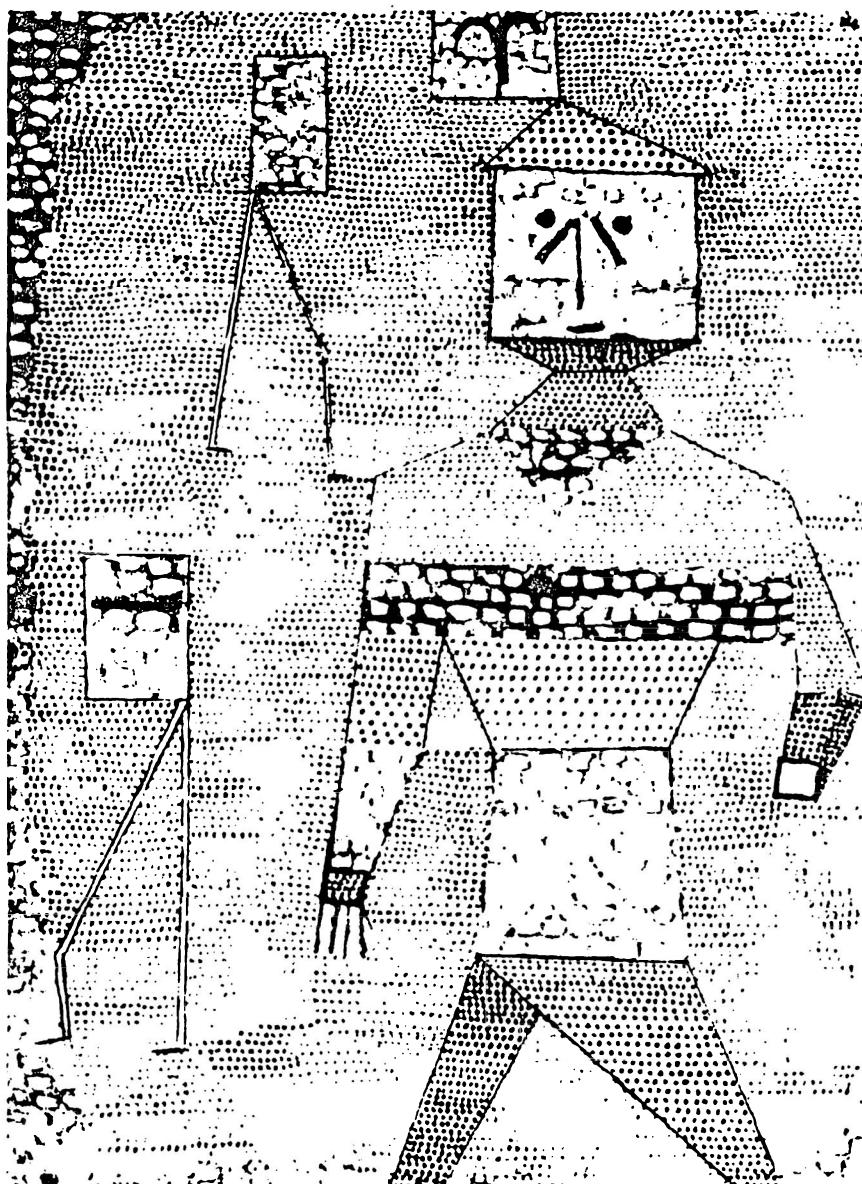
Una religión -al menos como han existido históricamente- requiere de varios elementos fundamentales, a saber: un credo, un sentimiento de pertenencia, un objeto de culto, una esperanza de inmortalidad y una moral que rija los actos de la vida en bien de la sociedad. Pues bien, todos esos elementos están presentes en la religión de la humanidad que propone Comte. El credo positivista latente en todos sus escritos es como una Biblia capaz de responder a cualquier inquietud de sus adeptos. Apela también a ese sentimiento de lo indefinido que hace sentir grande al creyente al hacerlo partícipe de una empresa supratemporal, de un movimiento enraizado en el pasado y proyectado hacia el futuro. El objeto de culto ya no es Dios sino el Gran Etre, la humanidad desde sus

órigenes hasta su destino final, la especie humana, que sin duda es una idea susceptible de toda majestad. La inmortalidad -subjetiva, desde luego- se garantiza en la medida en que seamos parte del progreso y por el recuerdo y la gratitud que sentimos por nuestros antecesores, y sentirán nuestros descendientes, por los esfuerzos realizados en aras a aportar algunas gotas de progreso, entendido éste como la realización de los valores que nos diferencian de los animales. "Las mentes más elevadas -escribe Comte- viven en el pensamiento con los grandes muertos, bastante más que con los vivos, pero después de los muertos con esos seres humanos ideales todavía por venir"

EL IDEAL ALTRUISTA

La moral es finalmente uno de los aspectos más desconocidos pero a su vez más hermosos del pensamiento de Comte. La historia, según él, nos muestra la intimidad de la conexión de cada época de la humanidad con todas las demás; un drama épico y hermoso que incluye a nuestros humildes auxiliares (las razas animales, el noble perro que se convierte en benefactor, celador y amigo). Así por estas ideas lo hubieran ridiculado en su época, no hay nada más sincero y honroso para él, dentro del cuerpo de sus doctrinas, que este reconocimiento de la vida y de la relación del hombre con la naturaleza.

Los detalles de la organización social -fundada en la moral y en los hechos- que propone Comte tienen a lo sumo un interés anecdótico, que el interesado puede consultar en sus obras. Sólo quiero anotar que no conozco un filósofo anterior a Comte que se hubiera ocupado con tanta convicción e insistencia de la importancia de la mujer en la organización social; sus ideas distan mucho de las feministas actuales -que más bien parecen pro-machistas- pues las fundamenta en la biología, la historia y la naturaleza de la sociedad. La historia reciente le ha dado un tanto la razón, al



General en jefe de los Bárbaros. 1932 , Klee

(40)

derrumbarse el socialismo marxista fundado en pretendidos principios igualitarios que, en la doctrina de Comte, contradicen la misma naturaleza humana, pues la doctrina de la igualdad, tan manida en ese entonces, la considera como un nuevo dogma de las justas protestas contra las abismales desigualdades que procedían de la Edad Media, pero que no responde ni al fin de la sociedad, ni a la naturaleza: en un estado normal todos los seres humanos se hallan organizados de acuerdo con las aptitudes desiguales, naturales o adquiridas, las cuales demandan que unos estén bajo la dirección de otros; no todos están igualmente capacitados para generar riqueza, por eso hay ricos y pobres, sólo que en el sistema de Comte la holgazanería

es radicalmente condenada y el rico tiene la obligación moral y legal de generar bienestar para los demás. *El trabajo de cada ser humano es intrínsecamente valioso, porque representa su aporte al mejor estar de sus contemporáneos y al progreso de la humanidad.*

Por otra parte, la conducta del hombre debe estar cimentada en función de los demás. Comte objeta el precepto "Amad al prójimo como a tí mismo" porque fundamenta una moral egoista. "No sólo se sanciona de este modo el egoísmo en lugar de reprimirlo sino que directamente se lo excita, por el motivo sobre el cual se funda esta regla "por amor a Dios", sin ninguna simpatía humana, además de que este "amor" se reducirá ordinariamente a temor" (Catecismo, diálogo noveno). El acuñó la palabra *altruismo* para caracterizar la actitud permanente que debe tener un ser humano y repetidamente recuerda que la divisa moral del positivismo es "vivir" para los demás". Considera que todo trabajador debe sentirse como "funcionario público" en el mejor de los sentidos, puesto que cualquier trabajo de alguna manera siempre se hace en función de los demás. El culto de esta nueva religión también contempla oraciones; pero orar no es pedir como en todas las religiones sino conmemorar y recordar a los grandes que nos han precedido, ellos siguen siendo inmortales objetivamente; los demás, nosotros, debemos conformarnos con la inmortalidad subjetiva, pues si nada grande hemos hecho quedamos en la memoria colectiva e impersonal de la humanidad.

LA ACTITUD POSITIVISTA

El legado positivista de Comte no es el sistema de conocimientos y la organización social que propuso, sino una actitud frente a la vida, que se desprende de sus principios y máximas fundamentales.

El positivista de hoy se caracteriza por atenerse a los hechos, los cuales determinarán qué ideas o teorías son aceptable y cuáles son rechazables. Reconoce que cada ser humano vive en función de resolver situaciones, las cuales procura enfrentar de manera objetiva, sin teñirlas de emociones, para no convertirlas en problemas que agoten innecesariamente su existencia; de ahí que usualmente se le juzgue, para bien o para mal, de frío, lógico, o pragmático. Se distingue de otras personas -las ancladas al estadio ficticio o metafísico- porque no espera que las situaciones nuevas desagradables se resuelvan a su favor por la acción de seres trascendentales, o por azar o buena suerte, sino que las enfrenta directamente, modificando lo que esté a su alcance cambiar, y aceptando tranquilamente lo que escapa a su ámbito de acción. Acepta, por tanto, las limitaciones que como ser orgánico le impone la naturaleza y la vida.

Frente al conocimiento, la persona positivista no cree en la meramente posible, sino en lo probable, o sea en

los datos o informaciones respaldadas por evidencia y no por simples suposiciones. Dada su aceptación del principio de la relatividad del conocimiento y de la ciencia, siempre contempla la posibilidad de estar equivocado, y por hábito somete continuamente a severo escrutinio las tesis propias y ajenas.

Aunque Comte no pudo conocer la obra de Darwin, en su pensamiento flota la idea de considerar al hombre como parte y producto de la naturaleza; de ahí la profunda reverencia con la que se refiere a todos los demás seres. Así, en términos actuales, el positivista es por esencia un ecologista, que siente y disfruta estéticamente su existencia, posibilitada por un entorno natural, que tenemos imperiosamente que preservar para nuestros descendientes. Si despojamos a la humanidad de ese carácter cuasiesotérico de "Grand Etre" que le otorgaba Comte, apreciamos la sublimidad que encierra esta idea filosófica: el hombre existe por y para sus semejantes.

"Independientemente de que nuestra armonía moral response exclusivamente sobre el altruismo, sólo él puede procurarnos la mayor intensidad de vida. Estos seres degradados, que sólo aspiran hoy en día a "vivir" estarían tentados a renunciar a su brutal egoísmo, si hubieran gustado una vez eso que correctamente llamaríamos los placeres de la generosidad. Comprenderían entonces que vivir para los demás proporciona el único medio de desarrollar libremente la existencia humana, al extenderla simultáneamente al presente más vasto, al más antiguo pasado e incluso al más lejano porvenir" (Catecismo Positivista, Diálogo IX)

FUENTES

- COMTE A. Curso de Filosofía Positiva (1830)
- Discurso sobre el Espíritu Positivo (1844)
- Orbis, Barcelona, 1980
- Catecismo Positivista (1852), Editora Nacional, Madrid, 1982
- Primeros Ensayos (1816-1826) F.C.E., México 1977
- MILL J.S. Comte y el Positivismo (1865), Aguilar, Madrid, 1977
- SAINT-SIMON H., Catecismo Político de los Industriales, Aguilar, Madrid, 1985.

